

**Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1998, 1ra. edición en francés, 1979. pp. 177-178.**

El verdadero principio de las diferencias que se observan en el terreno del consumo y bastante más allá, es la oposición entre los *gustos de lujo (o de libertad)* y los *gustos de necesidad*: los primeros son propios de aquellos individuos producto de unas condiciones materiales de existencia definidas por *la distancia con respecto a la necesidad*, por las libertades o, como a veces se dice, por *las facilidades* que asegura la posesión de un capital; los segundos expresan, en su propio ajustamiento, las necesidades de las que son producto. Así es como se pueden “deducir” los gustos populares por los *alimentos* a la vez más *alimenticios* y más *económicos* (el doble pleonasma muestra la reducción a la pura función primaria) de la *necesidad de reproducir al menor coste la fuerza de trabajo* que se impone, como su propia definición, al proletariado. La idea de gusto, típicamente burguesa, puesto que supone la absoluta libertad de elección, está tan estrechamente asociada con la idea de libertad que cuesta trabajo concebir las paradojas del gusto de necesidad. Ya sea que pura y simplemente se la anule, haciendo de la práctica un producto directo de la necesidad económica (los obreros comen judías porque no pueden pagarse otra cosa) e ignorando que la necesidad no puede satisfacerse, la mayor parte del tiempo, si no es porque los agentes estén inclinados a satisfacerla, porque *tengan el gusto* de aquello a lo que de todas formas están condenados. Ya sea que se haga de ella un gusto de libertad, olvidando los condicionamientos que la han producido y que se la reduzca así a una preferencia patológica o mórbida hacia las cosas de (primera) necesidad, una especie de indigencia congénita, pretexto para un racismo de clase que asocia al pueblo con lo grueso y con lo graso rojo fuerte,

toscas zuecos, trabajos pesados, risotadas, bromas pesadas, burdo buen sentido, bromas groseras, etc <sup>[1]</sup>[4]. El gusto es *amor fati*, elección del destino, pero una elección forzada, producida por unas condiciones de existencia que, al excluir como puro sueño cualquier otra posible, no deja otra opción que el gusto de lo necesario. [...]

El gusto por necesidad sólo puede engendrar un estilo de vida en sí, definido como tal negativamente, por defecto, por *la relación de privación* que mantiene con los demás estilos de vida. Para los unos, los emblemas electivos, para otros, los estigmas que llevan hasta en su propio cuerpo. "Del mismo modo que el pueblo elegido llevaba inscrito en la frente que pertenecía a Yaveh, la división del trabajo imprime en el obrero fabril un sello que lo consagra como propiedad del capital". Este sello del que Marx habla no es otra cosa que el estilo de vida mismo, por el cual los más desposeídos se denuncian de inmediato, hasta en el uso del tiempo libre, dedicándose así a servir de *contraste* a todas las empresas de distinción y a contribuir, de manera completamente negativa, a la dialéctica de la pretensión y de la distinción que se encuentra en la base de los incesantes cambios de gusto. No contentos con no poseer casi ninguno de los conocimientos o de las maneras que reciben su valor en el mercado de los exámenes escolares o de las conversaciones mundanas, y con tener sólo algunas habilidades desprovistas de valor en esos mercados, son ellos los que "no saben vivir", los que más dinero dedican a los alimentos materiales, y a los más pesados, más groseros, y que "engordan más de entre aquéllos –pan, patatas, grasas– y a los más vulgares también –como el vino–, los que menos dedican al vestido y a los cuidados corporales, a la cosmética y a la estética, los que "no saben descansar", los que "siempre encuentran algo para hacer", los que instalan sus carpas en los *campings* superpoblados, los que meriendan al costado de las rutas nacionales, los que se internan con sus Renault 5 o su Simca 1000 en los embotellamientos de comienzos de las vacaciones, los que se abandonan a diversiones prefabricadas, pensadas para ellos por los ingenieros de la producción cultural en serie, los que, con todas estas elecciones, tan mal inspiradas, reafirman el racismo de clase, si es necesario, en la convicción de que no tienen más que lo que se merecen

[Volver](#)